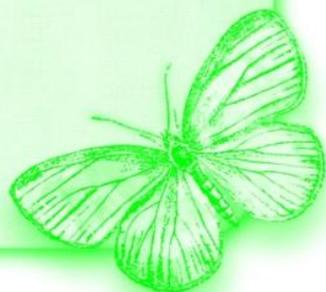


# Cuadernos de la internacional **de la** **esperanza**

Tomo XX X







JORGE  
alvarez



# Crónicas de un viaje a Puyuhuapi

Cuando pensé en escribir las crónicas de este segundo viaje por los canales del Sur de Chile, y dado que ya había escrito otras hace ya algo más de un año, de un viaje anterior a la misma región, se me vino a la memoria eso del Quijote que leí por obligación cuando aún estaba en el colegio.

La frase a que me refiero aparece en el libro de Cervantes, cuando discutían en amable forma dos clásicos personajes: don Quijote de la Mancha y el Bachiller Sansón Carrasco. El discurso iba así:

- ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor Bachiller? -preguntó don Quijote.

- Sí debe de haber -respondió él- pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.

-Y por ventura -dijo don Quijote-, ¿promete el autor segunda parte?

- Sí promete -respondió Sansón-; pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así, estamos en duda si saldrá o no: y así por esto como porque algunos dicen: «Nunca segundas partes fueron buenas», y otros: «De las cosas de don Quijote bastan las escritas», se duda que no ha de haber segunda parte; aunque algunos que son más joviales que saturninos dicen: «Vengan más qui jotadas: embista don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere; que con eso nos contentamos».

Esto de «Nunca segundas partes fueron buenas» es un refrán popular español, recogido por Cervantes y que aparece en el capítulo IV de la segunda parte del Quijote (la original, no la de Avellaneda) o a lo mejor es que se popularizó de la cita de Don Quijote.

Con esto en mente, comienzo esta nueva narración, que por ser el viaje a un destino diferente, a lo mejor no es segunda parte, aún siéndolo.



(18 de Noviembre de 2004)

Una mera coincidencia, sin mayor significancia, pero interesante: el viaje anterior también lo iniciamos un día 18, el 18 de Abril del año pasado. También el crucero se iniciaría en Puerto Montt pero esta vez el proyecto es ir más lejos para el Sur, hasta Puyuhuapi, al sur del paralelo 44, o "a un secreto, al Sur del Silencio", como lo describe su propaganda.



Nuevamente esta vez, nuestras señoras nos llevaron en el auto, a Peter y a mí a tomar el Metro en la estación Alcántara, para nosotros ir al Terminal de buses interurbanos. El día tenía algo muy especial: era la víspera de la reunión de la APEC, la organización económica tan resistida por los de siempre. Santiago estaba muy alterado, con muchísimas unidades policiales custodiando el orden público, amenazado por activistas que incluso habían pedido que se tomara preso al presidente de los EE. UU, que asistiría a parte de las reuniones.

Algunas de las autoridades extranjeras habían traído sus propios grupos de protección personal, lo que complicaba aún más la situación, así a lo poco acogible del barrio al que íbamos, se añadía esta complicación adicional.

El metro iba bastante lleno y gente adicional que subía en las siguientes estaciones, iba

apretujándose más y más en su interior. Parecería que nadie bajaba y todos quisieran ir a donde nosotros íbamos.

A la llegada a la estación bajo el Terminal, o al menos la parada correspondiente con la cual está conectada por pasillos bajo tierra, la idea se reforzó: una multitud se bajó y corría por andenes y pasillos para llegar antes a... esperar alguna cosa. Siempre hay interés en estar más adelante en las colas, desocuparse primero al costo de empujar a la gente para luego ir a otro lugar... a esperar nuevamente. Además estábamos al comienzo del fin de semana, alargado por haberse declarado festivo el día viernes, debido al comienzo de la conferencia internacional, que la gente que trabaja en la capital quiere y aprovechaba para ir a ver a los suyos que viven en otra ciudad.

Nuestro bus debía salir a las 21:40, pero con los atrasos acumulados en el despacho de buses



anteriores durante el día, salimos a las 10 de la noche. Es fácil imaginarse la multitud de gente en el Terminal: equipajes en el suelo hacían difícil la circulación de la gente que caminaba incesantemente, aumentada por quienes, por llegar anticipados, debían esperar, y los llegados a la hora, por los atrasos en las salida de los buses, aumentaban aún más la masa inmovilizada de equipajes y la circulación e inquietud y el ansia de quienes querían confirmar el lugar para tomar su bus o su hora de embarque o salida.

Al final nos pusimos en camino. El viaje, inicialmente sumamente lento, tanto por problemas de aumento del tránsito ordinario por la mencionada reunión internacional como por las nuevas carreteras en construcción, las que mejorarán el tránsito de esta inmensa ciudad, hizo que cruzáramos el puente del río Maipo como una hora después, agregando al menos otra media hora al atraso inicial de la hora de salida.

Una vez dentro del bus, extendido en mi sillón reclinable, caí en un sueño a veces confortable, prescindiendo de la película que mostraban en la televisión. Al amanecer nos encontrábamos en el cruce del que se desprendía el camino a Panguipulli, según lo escrito en el aviso en la carretera. Ya habíamos entrado a la región de los lagos de Chile. Finalmente nos sirvieron un desayuno apenas más abundante que el de un monje franciscano: un tubito de papel o plástico, con el contenido de una cucharadita de Nescafé, una cajita de zumo de durazno, un panecillo, y medio sándwich chico de queso. El joven que atendía a pasajeros trajo su jarro con agua caliente del que vació una media taza de agua en el vaso de plástico que oficia como la taza de café matinal, para quebrar la modorra que nos embargaba. Los movimientos del bus habrían vaciado el vaso si hubiera estado más lleno.





Por fin llegamos a Puerto Montt. Eran a las 10:40 y nos encontramos con Eric, el segundo tripulante de la expedición, (yo no cuento; soy el pasajero) que nos esperaba tomando su desayuno en el restaurante del Terminal de buses en esta ciudad. Ahí completamos el desayuno con Peter. Peter traía su lista con el inventario de los alimentos que había a bordo, la que se cotejó con la preparada por Eric, una lista de las necesidades previstas por él. Refundidas las listas, quedó "la lista de las cosas a comprar", más o menos, pues ya dentro del supermercado, íbamos tirando las manos a las cosas que nos llamaban la atención y si no estaban en la lista, se agregaban sin ningún prejuicio ni remordimiento. Deduzco que la tan

elaborada lista no era más que la de cosas a no olvidar.

Esta vez Peter se quedó al cuidado de nuestro equipaje mientras efectuábamos la selección a comprar; el equipaje quedó amontonado en una esquina poco transitada, mientras Eric y yo, los compradores, cumplíamos con la delicada misión de echar en el carrito las cosas elegidas, al menos por un rato, pues después de varios minutos, 30 tal vez, que para quien espera resultan interminables, divisé a Peter impaciente por la demora y gesticulando y mirando ansioso de ver cuándo terminaríamos; mientras, Eric examinaba los envases por todos sus costados. Fui a relevar a Peter en el cuidado de los bultos y calmar su impaciencia. Bueno, yo creía que después de tanto habernos paseado con Eric por los pasillos y echar cosas al canasto del carrito, ya estaríamos casi listos y no habría demora, pero me equivoqué: de pronto vi a Peter y Erik en el mismo pasillo por

donde habíamos comenzado, algo de media hora atrás, hurgando en los escaparates y haciendo rebosar al carrito. Se amontonaban en él leche, mantequilla, café, pan, manzanas, vino añejo (que yo había puesto), queso, conservas, jabón, y qué sé yo. Era como poner una sucursal del supermercado en los estantes del yate. Claro es que navegaríamos por varios días - que resultaron siete - y nosotros éramos tres, además que no era probable que hubiera lugares de aprovisionamiento muy surtidos en el trayecto.

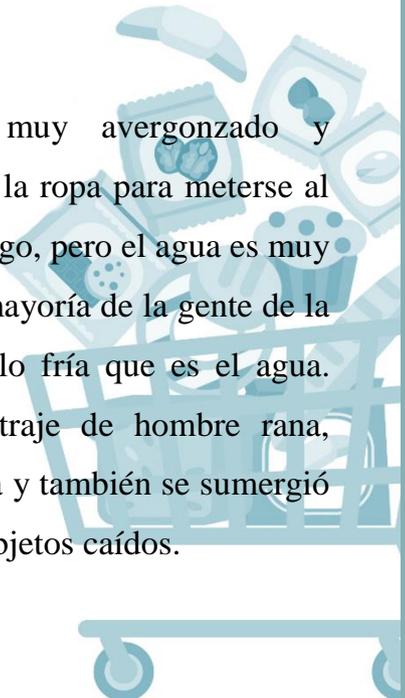
Taxi, viaje a la marina y descargar los bultos y comistrajos. Después de buscar infructuosamente por los pasillos entre los yates atracados en la marina, por si había algún carrito para llevar nuestras cosas al yate, mirando entre las embarcaciones y las internacionales banderas y tripulantes de Nueva Zelanda, Francia, Alemania, Inglaterra y Holanda, volví a donde habíamos dejado los paquetes sin el buscado carrito. Un

ayudante, empleado de la marina, traía un carrito, de esos que llaman zorras, bajos, apenas unos decímetros sobre el suelo, planos y sin protecciones laterales para que no se caiga la carga, venía del otro lado del edificio de la marina.

Pusimos ordenadamente nuestro equipaje sobre este carrito, pero el orden duró poco; el muchacho que lo tiraba juzgó mal sus fuerzas en comparación al peso del carro y comenzó a bajar la rampa de acceso antes que llegara ayuda. Perdió el control y al tratar de parar la creciente y descontrolada velocidad del carro cargado, lo hizo chocar contra los pilares de la baranda, con tal mala suerte que la esquina del carrito se montó en una de las diagonales, se levantó esa punta y como consecuencia, se tumbaron y desparramaron maletas, bolsas y paquetes en el puente y parte importante de las vituallas de comestibles cayeron al mar. Por suerte todo lo que cayó al mar era envasado herméticamente y las maletas y las bolsas

con ropa y cosas delicadas, como cámaras fotográficas, no cayeron al agua. Era divertida la situación en la tragedia: ahí iban flotando las cajitas de plástico del maní y el tarro de Nescafé. También los bidones con agua dulce para beber se marcharon por su cuenta, arrastrados por la débil corriente, flotando a la deriva. Algunas bolsas del supermercado que flotaban fueron recuperadas por un lanchero, algunas con una malla y otras con un palo. Una bolsa llena de conservas, que se hundió verticalmente a más de dos metros, finalmente también pudo ser rescatada.

El muchacho estaba muy avergonzado y confundido y hasta se sacó la ropa para meterse al agua y tratar de recuperar algo, pero el agua es muy fría en esa zona y él, ni la mayoría de la gente de la zona, no sabía nadar, por lo fría que es el agua. Otro ayudante llegó con traje de hombre rana, aunque sin gafas ni máscara y también se sumergió rescatando algunos de los objetos caídos.



Parece que no se perdió nada: al menos nada se veía ni parecía faltar en el viaje: solamente algunas conservas perdieron sus etiquetas y quedaron sin manera de ser identificadas después. Eso sí, fue sacrificado para el pobre muchacho que tuvo que, pagándola con el frío del agua, asumir su responsabilidad. Ahora lamento no haber tomado una foto de este pintoresco episodio, pero en el momento, habría sido limitar la responsabilidad del responsable y además no tenía ganas de reírme en esas circunstancias.

Llegó la hora de ir a comer. Fuimos a la cocinería típica "La Picaíta", en Angelmó, en la que ya habíamos comido la vez anterior, pero la Dolores ya no trabajaba ahí. Elegimos para comer cada uno a su gusto: Peter su salmón con papas cocidas, Eric sus choros y yo mi prometido y anticipado "patache". Esta es una delicadeza de la culinaria regional, que consiste exclusivamente de mariscos fríos, como erizos, choros, almejas,



picorocos, piures, todo acompañado por cebolla cruda, cortada en cubitos, y cilantro. Y harto limón.

De la variedad disponible en la montaña de "fruits de mer" en un plato, nunca había probado los piures ni los picorocos, conocidos por los españoles como percebes, de los que recién había leído que eran una delicia, con un sabor parecido a los conocidos en Chile como ostiones, localismo que en España suena muy gracioso, pues para ellos eso significaría una bofetada grande: ellos llaman vieiras a estos mariscos: se trata de aquellos con la concha en la forma del conocido escudo de la Shell, la empresa holandesa distribuidora de lubricantes y combustibles, o la llamada concha de los peregrinos.

En el hilo de la conversación que siguió a la comida, ya en el yate, Eric me dejó saber que un compañero de curso en la Universidad, Darío Contreras, había muerto tras un prolongado cáncer.

De verdad lo lamenté, pues, aunque no éramos amigos, tal vez por la rivalidad de los distintos clubes deportivos a que pertenecíamos, yo lo estimaba, pues él había sido un destacado nadador, ganador de los 100 m estilo libre en el campeonato de Chile de 1952 y con el récord para esa distancia.

Científicamente los ostiones son lamelibranquios, de la familia de los pectínidos, de hasta 13 cms. de diámetro, llamados *Pecto jacobaeus*. También se les conoce como la concha de los peregrinos, la misma que usa la Shell como su escudo distintivo. En cuanto a los picorocos, mariscos que viven pegados a la roca, su concha tiene una forma de tronco de cono y por la apertura opuesta a la roca, asoma una pinza que parece ser el pico aguzado como el de un colibrí. Serían los percebes, crustáceo cirrípedo, científicamente llamados *pollicipes cornucopias*. ¡Qué buena enciclopedia tengo, para consultar estas cosas! Sin mayores incidencias, nos fuimos a dormir.





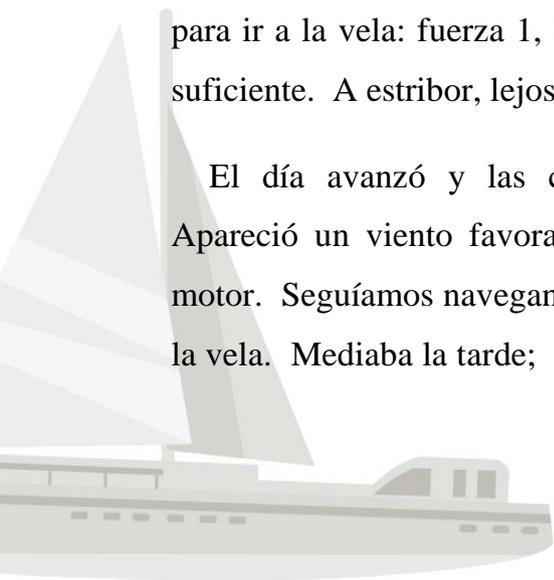
Zarpamos a las 7:46. Nuevamente la comunicación con la radio del puerto para reportar nuestra salida fracasó, como la vez anterior.

Navegamos por el canal de Tenglo en dirección Suroeste. A estribor, fuimos dejando atrás lugares del continente, como los astilleros, el puerto de Chinquihue, y otros lugares. A babor quedaron las islas de Tenglo, famosa por sus curantos, Maillén, Guar y pretendemos salir al golfo de Ancud por el paso de Queulín, entre la punta Tranca, extremo sur de la isla Puluqui y la punta Huin, en la isla Queulín, lugar que las cartas de navegación muestran como de mar agitado, pues es el pórtico, por así decirlo, de salida y de entrada de las aguas de la mareas del seno de Reloncaví al golfo de Ancud.

La pintoresca toponimia indígena de la región, apenas contaminada por nombres españoles, me atrae de sobremanera y mil leyendas nunca imaginadas, como ya antes lo había dicho, se me ocurre tiene esos lugares por escenarios. Probablemente abusaré de ellos en este relato, que no tienen más pretensión que recordarme y entretener a quienes los lean.

Ya avanzada la mañana, estábamos junto al paso Perhué, extremo oriental de la isla Puluqi, entrada al golfo de Ancud. A esas horas había un hermoso sol, aunque la cordillera permanecía tapada por las nubes. El mar estaba tranquilo y sin viento como para ir a la vela: fuerza 1, 3 nudos, mar llana. No suficiente. A estribor, lejos, se veía la isla Tabón.

El día avanzó y las condiciones cambiaron. Apareció un viento favorable decidieron parar el motor. Seguíamos navegando a seis nudos, ahora a la vela. Mediaba la tarde; ya pasamos los bajos de



Chauques y Aulín. Vamos en dirección a la isla Cheniao, que se divisa al Sur. Los bajos están al Oeste de la isla Aulín, muy cerca de ella. Esta isla se desprende de la isla Buta Chauque, la mayor del grupo de las Chauque. La península es de unos 100 m. de altura y se corta a pique por acantilados por tres de sus costados que miran el mar.

Echamos el ancla junto a la playa de la isla Taucalón, donde mismo la botamos en el viaje anterior cuando regresábamos a Puerto Montt. Reconocimos la casita del pescador que nos vendió las ostras esa vez; en aquella ocasión se acercó con su bote al yate a ofrecer su mercadería; la mujer remaba y la recuerdo muy poco agraciada, por no decir que era feísima. Desde el bote ella nos contó una gran tragedia de su madre recientemente muerta y una serie de enfermedades.

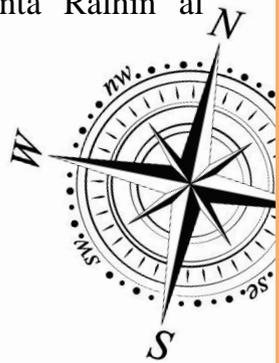
Este es el puerto Voigue, cuyo extremo Oeste la cierra un pequeño istmo de arena que une Taucalón



con la isla Cheniao, istmo que desaparece al subir la marea. Hacia el Noreste, lejos, ve divisa el volcán Horno Pirén.



Para aprovechar bien el día, puesto que por la cercanía al solsticio de Verano estamos con días largos, nuevamente salimos, de este puerto, temprano, a las 7:35. Ya salidos, enfrentando el sol que se asomaba entre nubes por las cimas de los Andes; viramos hacia el Suroeste, bordeamos los bajos de Dungech pasándolos por nuestro babor y mirando los acantilados de la punta Ralhín al Noreste de la isla Meulín



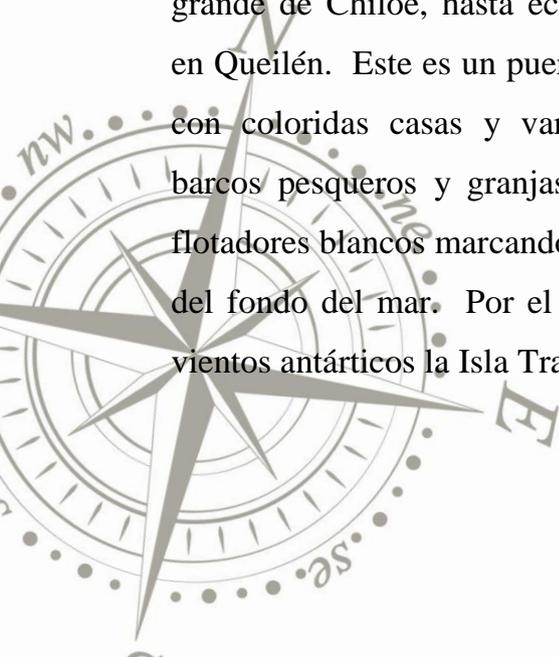
Enfrentábamos viento Sur, bastante fuerte, de fuerza entre 4 y 6, en la escala de Beaufort. El mar, con ese viento, luce casi en marejada, con olas que sobrepasan el metro y medio y a veces los 2,5 m. Las ráfagas eran de 15 a 18 y hasta 25 nudos. La navegación tuvo que hacerse en zigzag, debido al mencionado viento, situación que alargó bastante el viaje y tomando más tiempo, por lo que solamente llegamos a anclar a Queilén a las 8 de la tarde, casi doce horas después de salir de Taucalón.

Este fuerte viento nos impidió usar el velamen, por un lado, e hizo lenta la travesía y añadió varios Kilómetros a viaje. La navegación requería estar atentos a las boyas de señalización y a los huiros indicadores de bajíos, confirmando la información de las cartas de navegación.

Por bastante rato no se veían sino islas lejanas, a más de 50 Km y la cordillera como telón de fondo, con sus volcanes y cumbres nevadas. El día estuvo

en su mayor parte despejado y batido por el frío viento antártico. Desde el yate divisábamos las islas Añihué, a estribor, la isla Tac, a babor, la isla Meulín nuevamente a estribor, la isla Tuaquelín, otra vez a estribor, pues estábamos dirigiéndonos a las islas Desertores, isla Chulín, para mejor capear el viento. Cruzamos nuevamente en dirección al Suroeste por el canal Apiao. A babor iban quedando atrás las islas de este grupo Desertores: Chaulic, Chit e Imerquina, mientras nos dirigíamos al Suroeste.

Nuevo cruce a mar abierta, 85 Km, hacia la isla grande de Chiloé, hasta echar finalmente el ancla en Queilén. Este es un puerto netamente pesquero, con coloridas casas y varios muelles, muchos barcos pesqueros y granjas de mariscos, con sus flotadores blancos marcando los diversos territorios del fondo del mar. Por el Sur, lo protege de los vientos antárticos la Isla Tranqui.





Abandonamos el puerto Queilén a las 7:10 de la mañana. El día estaba soleado, aunque fresco. Salimos con rumbo Oeste por el canal Queilén para rodear la Isla Tranqui, por la punta Vilo. Pasamos frente a la iglesia de San José, al fondo de la Bahía Chauco. Grandes acantilados se precipitan al mar desde más de 200 m., en una regular pendiente y luego verticalmente al mar. Estos acantilados se ven tanto en la punta Vilo como en la costa de la isla de Chiloé, al Sur de la punta Yatagua, como si los hubiesen cortado para hacer el canal. Al virar hacia el Sur, aparece a nuestra vista el poblado y la iglesia junto al estero de Chadmo, en la isla de Chiloé. La blanca techumbre y la torre de la iglesia brillan con la luz del sol contra la sombra del



acantilado, el azul del mar y el verde de los bosques que la rodean. Cuando cruzábamos frente a punta Lobos, un lobo marino vino a hacer honra al nombre y asomó su cabeza un par de veces por sobre el agua del mar, de intenso color esmeralda.

Nuevamente el viento no nos fue favorable e hizo que el trayecto fuera más largo, por los zigzag y la velocidad más lenta. A 30 Km., según vuelan los pájaros o 60 para navegar, finalmente llegamos a Quellón a media tarde, muy tarde para seguir al Sur. Nuestra provisión de pan escaseaba, lo mismo que la de agua para beber, así atracamos a un muelle y bajamos con Eric a tierra, en busca de estos elementos.

La mendicidad es cosa seria en este puerto, o es que llegamos a la hora que los hombres ya habían terminado sus jornadas de trabajo y se juntaban en la avenida costanera y los mendigos pululaban tratando de conseguir algo de los más afortunados



que tenían un trabajo. Nos dirigimos a hacer las compras y a la capitanía de puerto, para reportarnos, como es de rigor. Los primeros mendigos que fue imposible no notar, fueron 3 hombres jóvenes, embriagados, borrachos perdidos, a los que se les cerraba solos los ojos, pero seguían bebiendo un líquido que podría ser aguardiente, de una botella comunitaria de amistad. ¡Qué triste espectáculo! Me atemorizó un poco la mirada y gesto torvo de uno de ellos y el que me provocaran a una pelea y la que yo, el afuerino, quedaba en minoría frente a sus amigos que vinieran a defenderlos, sin saber quién había provocado la pelea.

Salidos de hacer, Erik, los trámites de rigor y las diligencias oficiales en la Capitanía, nos dirigimos a hacer nuestras compras: bebidas y pan. Eric compró una inmensa bolsa de hallullas, nombre local en Chile de ciertos panes redondos y planos, de masa más fina. No los conté, pero pudieron



haber sido 4 docenas. Nos separamos para ir él a comprar el diario, el ejemplar añejo de ayer Domingo, mientras yo iba a por el agua, que resultó tan cara como comprar un vino mediocre: \$450 (unos 75 centavos de dólar) por una botella de 1.6 litros, un tamaño muy inusual para mí.

Mientras esperaba a Eric de su compra del diario, editado en Santiago, dejé mis bolsas de pan y la de las dos bebidas en el suelo, pues pesaban bastante. Dejarlas en el suelo fue como haber puesto un cartel invitando a tomar un trago gratis a los "sedientos" que transitan por ahí y que se me acercaban mirando entre curiosos y ansiosos las dos bolsas. Respondiendo a las preguntas de los más ansiosos e informándolos que las botellas eran de agua o bebida, se alejaban desilusionados, con el desencanto de los canes callejeros después de olfatear recipientes que pudieran tener algo atractivo para comer ellos y no encontrar nada, siguen su vagabundeo a la búsqueda del siguiente



apilamiento de desechos, sin perder la esperanza de encontrar algo para mantener su triste vida.

El más notable de estos ocasionales amigos, o amigos "callampa", como llamábamos con Hernán Campero, un amigo de la Universidad, a estos súbitos amigos, aparecidos de la nada y en menos tiempo que un estornudo de gato, fue uno que muy ceremoniosamente, se me presentó con un largo discurso, mientras me tendía insistentemente su mano, no muy pulcra, para que se la estrechara, sellando esa efímera amistad. Desconfiando yo de sus hábitos de aseo, me mostraba algo reticente para esta sencilla ceremonia, pero al final, para evitar herir sus sentimientos o crear un conflicto casi internacional, especialmente después de haberle informado que mis botellas eran de inocentes bebidas e insípida agua, sin alcohol ni vino, le pasé mi mano en una modalidad de cola de pescado, es decir, sin apenas estrechar la suya. Eso lo alentó; ya éramos viejos amigos al que se le



podía pedir un cigarro. Otra vez la mala suerte lo acompañó; no tenía yo, pues no fumo. Mal día para el pobre. Se alejó sin despedirse, desilusionado, medio arrastrando los pies, pero seguramente arrastrando peor su alma. Mire que toparse con alguien que no fumaba ni tomaba trago. Un bicho raro en la especie.

Desde el viaje anterior estábamos curiosos por identificar un inmenso cerro nevado que se veía hacia el Este y el Sureste. Pregunté a tres personas y las tres me dieron nombres distintos. El primero dijo que era el Pilcomayo y el segundo que era el Tetas, semejante al nombre de los famosos cerros del Bío Bío en Concepción, por los dos promontorios a cada lado de su cumbre, que a mí me parecían más bien las orejas de un gato gigante. El tercero, vestido con uniforme que podría ser el del guarda del muelle en construcción, al que estábamos atracados y que se suponía no podíamos hacerlo, dijo que era el volcán Melimayu, lo cual



pude confirmar en lo señalado en los mapas de que disponíamos, pero como hay otros macizos nevados en las cercanías - de los que dijo no tenían nombres - no lo habíamos identificado mirando el mapa Isla Guafo a Golfo de Penas, editado por el Instituto Hidrológico de la Armada, escala 1:500.000. Estos cerros serían los Yanteles, de 2042 m de altura. El Corcovado, de 2300 m. y el volcán Melimayu, de 2400 m. En este mapa el Melimayu aparece como monte, pero evidentemente su forma cónica de volcán lo delata y se confirma en otros mapas consultados. El mapa de la Armada no tiene muchas referencias a los accidentes geográficos de tierra, pues no es su objetivo, pero podría haber sido más exacto.

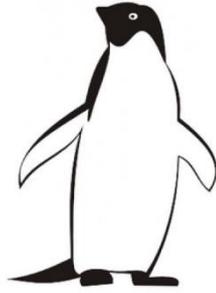
Le hice la observación al uniformado que había hecho la misma pregunta a otras dos personas antes que a él y había recibido dos nombres diferentes. Ahí me echó los "galones" encima:



- "Yo sé que soy patrón de yate", me dijo, en tono de autoridad ofendida.

Hay tantos cerros, islas, senos, caletas, canales y penínsulas, que no alcanzan los nombres para todos, incluso los hay que su nombre es "Sin Nombre" como la península al Sur del seno Melimayu, ovalada o casi redonda, de un diámetro de 8 cm. en un mapa a escala 1: 200.000 (bueno, 16 Km., para quienes tengan flojera de hacer la conversión) Esta península está partida en dos por el "estero" Mena, que realmente figura como un angosto brazo de mar, estero que la hiere hasta el centro. Estos esteros son como las rías gallegas y se me figura que las llaman esteros por desembocar en ellos alguna quebrada de agua dulce, en oposición a los senos, no ligados a corrientes de agua, pero esto es solamente mi suposición, que lo más seguro es que puede estar equivocada.





Salimos de Quellón a las 5:45. ¡Uff! ¡Qué temprano! Enfilamos hacia el estrecho entre las islas Coldita y Laltec a cruzar la temida boca del Guafo, inmensa apertura al Pacífico al Sur de Chiloé y mayor entrada de las mareas a los mares interiores: el Golfo Corcovado y el golfo de Ancud, extendiéndose por los innumerables canales de las islas Guaitecas, el archipiélago de los Chonos, los diversos senos de la parte continental y distintos canales hasta la Laguna San Rafael, al pie del glacial o ventisquero de ese nombre, que descarga su corriente de hielo en el mar. El oleaje de esta boca es alto, de 2 a tres metros de altura, que si se nos complicara con el producido por el viento, ya la habríamos hecho. Afortunadamente no tuvimos viento, así cruzamos en línea recta, o casi, desde la

isla San Pedro extremo Sur Oriental de Chiloé, hasta las islas Guaitecas, al puerto Melinka. Es un tramo de 85 a 90 a.m. sin protección de islas.

Mientras salíamos de Quellón por el canal Lantec, un pingüino salió a catear qué clase de animal éramos nosotros. Nos miró y desapareció tan rápido como había emergido...

Era un lindo amanecer. Pocas nubes y el barómetro en ascenso presagiaban buen tiempo para cruzar el golfo Corcovado, también reputado de hacer difícil la navegación por su oleaje. Nos dirigimos a Melinka, para minimizar la navegación por aguas de fuertes oleajes. Cruzaríamos por el canal Moraleda, tampoco muy amistoso en su reputación, pero relativamente corto. Estos nombres me traen sabores de mi niñez, aprendiendo esos nombres en la geografía de Chile, tan duramente aprendida.



La cruzada del temido Guafo fue muy tranquila; cierto que las olas eran grandes, pero su longitud de onda hacía que fuera como un mecerse en una hamaca en una tarde de verano.

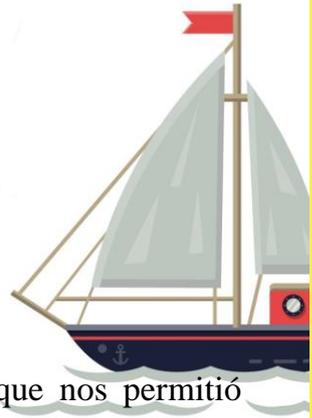
A las 15:50 entrábamos en el archipiélago de las Guaitecas, entre las islas Ascensión y varias islas menores e islotes: islas yates, islas peligrosas, isla Tea, isla Julia, isla Westhoff y muchas más. Lo que no hay en habitantes lo hay en islas, canales y árboles. En isla Ascensión está el puerto Melinka, fundada por un explorador de esa zona, un lituano, F. A. Westoff, que industrializó la corta de cipreses. Él le puso ese nombre en recuerdo y para perpetuar el nombre de su esposa.

No teníamos a qué bajar a tierra, así que nos quedamos conversando en el yate el resto de la tarde, hasta la noche, que nos fuimos a dormir después de la gran madrugada del día anterior.





## Día 6



Esta vez salimos a una hora que nos permitió flojear un poco: salimos a la 8:00

Varias embarcaciones con tripulantes, algunos uniformados, y entre ellos iba una mujer, probablemente eran trabajadores de la pesquera local, se anticiparon a nuestro zarpe y otras naves nos siguieron en la hora de zarpe, pero con su propio destino. Como Eric lo hace de rigor, los saludamos agitando un brazo en alto y nos devolvían el saludo agitando también sus brazos.

Salimos por el canal Carbunco, en dirección Suroeste. Estábamos navegando por la costa oriental de la isla Clotilde y por el costado de babor del yate, decenas de otras islas, islotes y rocas emergentes del mar. Empalmamos con el canal

González Norte, que corre entre las islas del archipiélago de los Chonos y cambiando la ruta hacia el Sureste, nos fuimos orillando las varias islas de la costa occidental de la isla Leucayec.

A media tarde Erik me regaló un ejemplar de una revista, en la que él participa en su publicación, es La Gaceta del Lago Todos los Santos. Erik tiene unas tierras a sus orillas y está en el directorio de la cofradía que agrupa a quienes tienen intereses en esa zona. Se trata de una corporación ecológica, sin fines de lucro, reconocida internacionalmente. Es una revista muy bien impresa e identificada por la International Standard Serial Number otorgado por el Centro Nacional de la Red ISSN de Conicyt.

En una variedad de artículos, reportajes y noticias muy interesantes, en que comulgan aspectos humanos y científicos de geología (Erik es geólogo) encontré los resultados de un concurso literario de niños de las escuelas del lago, que van



de los 8 a los 11 años. Cultivan una forma poética del siglo 17 en Japón, llamada Haikú. Este es un juego poético que da nuevo brillo a la composición poética de un pensamiento.

Una de sus composiciones, la que más me impresionó, era de una niña de 8 años que escribió:

*"Cuando sale el viento,  
su beso mueve las ramas".*

Y otra, de un niño de 10:

*Peulla,  
Lugar de vientos y remolinos.  
¡Oh! Verdes aguas*

Y una más, esta vez de un niño de 11:

*El lago verde como mis ojos  
Y,  
Mis ojos, son la luz.*

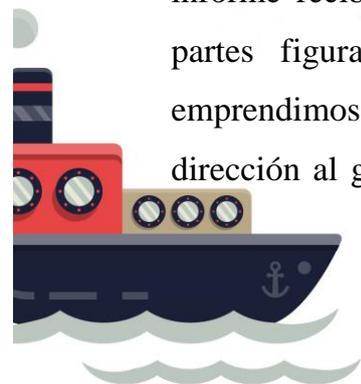
El archipiélago de los Chonos agrupa las islas al Sur de las Guaitecas, separadas de ellas por el canal

Tuamapu, según informa en la página 192 el libro de los Derroteros de la Costa de Chile, Volumen II, desde Chacao hasta el Golfo de Penas. 6ª edición, 1990. Instituto Hidrográfico de la Armada de Chile, en la costa occidental del canal de Moraleda.

Desde que salimos de Melinka estábamos preocupados de dónde podríamos echar el ancla para pasar la noche, puesto que no alcanzaríamos a llegar a Puyuhuapi con luz. Se consideraron varias alternativas mirando algunos informes y cartas marinas, pero desgraciadamente no eran muy favorables. Estaba el puerto Ballenas, en la isla Mulchey, pero muy abierto para los vientos del Sur y decía que estaba abandonado. Al otro lado del canal Moraleda había otras alternativas, pero algunas nos apartaban mucho de la ruta, como el puerto Tic Toc, para acercarnos a Puyuhuapi y otras eran muy poco protegidas, como la caleta Cordobés, en la parte Noroeste de la isla Magdalena, que el libro Yachtman Navigator

Guide to the Chilean Channels, por Alberto Montellero, impreso en 1995, recomendaba usarlo para fondear solamente guiado por un práctico. De todas maneras habría tiempo para regresarnos a un lugar seguro, así no era más problema que de tiempo.

Afortunadamente Erik había visto en la TV un programa sobre puerto Gala o Toto, pero no figuraba en la documentación disponible, así íbamos un tanto a la aventura. En eso, se cruzó un pesquero y Erik lo contactó por radio y recibimos un buen informe de puerto Gala, que incluso tenían hasta muelle. Más alentados, de todas maneras desviamos el curso para explorar el puerto Ballenas, que resultó estar poblado y era apto para pasar la noche. Como aún era temprano y el informe recibido sobre Isla Toto, que en algunas partes figura como Totó, era muy favorable, emprendimos el cruce del canal Moraleda en dirección al grupo de islas Gala. Fue un cruce, de



una parte temida por su oleaje, que resultó muy placentero y sin novedades. Apenas tuvimos algo de viento por un par de horas hacia la mitad de la travesía, permitiéndonos hacer esa parte a la vela.

Llegamos a las islas Gala por el lado Norte, empezamos a rodearlas por el Este, para encontrar el puerto, hasta que al fin apareció en el fondo de una cuña del mar, abierta entre dos islas ambas de paredes rocosa y casi verticales. Eran las dichas Gala y Toto, que están separadas por un estrecho canal, de tal vez 10 o 15 m de ancho y 50 m de largo, también de paredes rocosas casi verticales y unidas por un puente a altura suficiente para permitir el paso de embarcaciones, por debajo.

Eran las 6 de la tarde cuando llegamos a puerto.

Lo abrupto de las islas continuaba bajo el mar, yendo súbitamente de fondos rocosos bajos a profundidades considerables, de más de 25 m, no deseables para echar el ancla. Dos rocas

emergentes del mar tenían en su cumbre una glorieta, de esas para músicos, y un mástil con una bandera chilena, que daban la bienvenida a los que llegaban.

Dos pescadores hacían preparativos o reparaciones en su lancha flotando en la cercanía de estos peñones, nos señalaban con sus manos el mar, apuntando para abajo, advirtiéndonos del peligro de las rocas en esa parte baja. Otro, que estaba con ellos, acercó su embarcación para ayudarnos, y guiarnos hacia un lugar dónde echar el ancla. El seno es profundo, como señalado, aún cerca de las paredes que lo forman.

Agarrándose a las rocas del cerro con las puntas de los dedos, descansan por el lado del mar en palafitos para obtener una superficie horizontal. No mucho antes se habían construido varias casas de revestimiento metálico, su mayor parte, para protegerse de las lluvias tan abundantes en esa



zona; por lo abrupto del terreno, en lugar de calles, había pasarelas de madera, de un metro y medio de ancho, pintadas de blanco y azul, muy vistosas; El piso, con tablones faltantes, replicaban los hoyos del pavimento de las calles de otras ciudades. Las casas pintadas de colores chillones, hirientes, puñaladas a los ojos, amarillas, azules, verdes y rojos intensos, tenían mucho en común con las de otros puertos, especialmente con el barrio La Boca, de Buenos Aires.

Este enclave fue habilitado por el presidente Frei (el hijo) durante su mandato, concretamente el año 1999, según está escrito en una placa conmemorativa al pie del mástil de una bandera en una parte alta del sendero en la isla Gala. El diseño y construcción estuvieron a cargo del MOP, debidamente pregonado en letreros enormes. El nombre oficial de estas instalaciones es Puerto Gala, según está escrito en su partida de nacimiento grabada en bronce, ya mencionada más arriba.

Fuera del varadero y la playita, de minúscula extensión, no habría más de unos 200 m cuadrados de suelo rocoso horizontal en el área edificada, lo que explica la construcción en palafitos y de las pasarelas en vez de calles o caminos.

El atardecer era grato, un suave calorcito como el de sus habitantes, como lo comprobaríamos más tarde.

Maximiliano Reyes, que era el que andaba en la lancha y que nos ayudó, se acercó y nos ofreció darnos una vuelta por las distintas caletas o barrios del sector. Era como la clásica vuelta por la Bahía en Valparaíso. Aceptado el ofrecimiento, Erik y yo nos pasamos a su lancha que se dirigió al estrecho paso entre las dos islas, unidas por un puente. El agua, extraordinariamente limpia y transparente, permitía ver el fondo arenoso, prestándole una coloración verde claro.



Podrían ser 6 las caletas de aguas claras que visitamos y en todas ellas había grupos de 5 a 8 casas. Las caletas eran muy cerradas y cerca del cierre, unos cables cruzaban sus estrechas entradas, a uno pocos metros de altura, de la que se colgaban las espías que mantenían los botes amarrados. Era impresionante la claridad del agua; en el fondo se veían colonias de estrellas de mar, en algunas partes en gran profusión. En las rocas que bordeaban estas caletas se aferraban locos y picorocos: nuestro guía sacó dos locos que estaban cercanos a la superficie. Erik inmediatamente le pidió una docena, pero que se los tenía que entregar cocinados.

En lo escarpado de una pared rocosa de uno de esos canales estaba el cementerio, con 6 cruces que se veían desde la lancha. Debe ser un trabajo laborioso el cavar las fosas, pues todo es roca, por donde se mire.



Terminado el recorrido turístico de puerto Gala y Toto, acercó la lancha a la escala de acceso a un almacén. Se trataba de uno de esos General Stores, como los que se ven en las películas del Oeste. El Jumbo local.

El que parecía ser el dueño, don Fernando Acosta, era un personaje muy simpático, de ojos claros, en contraste del resto de los habitantes, a lo mejor con algunas copitas en el cuerpo, dicharachero, de respuestas oportunas y rápidas, que hacía reír a sus parroquianos, que fue muy amistoso desde el primer momento. Erik, con su facilidad de hacer amigos fue inmediatamente su compadre de toda la vida y conversaban de lo lindo. Sus clientes entraban y salían después de comprar. Dos parroquianos que bebían unas cervezas de unas botellas descomunales, sentados en un rincón nos ofrecieron un vaso, a lo que agradecí y correspondí comprándoles otras botellas de esas literas. También aproveché de comprar

leche, que se nos había acabado en el yate e íbamos a necesitar para comer el cereal del desayuno. Unas enormes barras de chocolate Costa me tentaban, pero resistí su llamado de sirenas en forma estoica: un Ulises amarrado al mástil de la conciencia.

Entró otro parroquiano y pidió hablar por teléfono. Don Fernando estableció la comunicación y, con el micrófono abierto, le indicó, entre las risas de los presentes:

- "Pase a la cabina 10"

Esto resultó gracioso, pues evidentemente era "la" cabina y no había otra, pero para la exportación, pasaría por ser una importante estación de comunicaciones.

Erik también aprovechó para hablar con Rosita, su señora, y mantenerla tranquila de cómo se iba desarrollando el viaje.



Salimos del "Jumbo Jr." con Eric, a caminar por las pasarelas, ajenas a un mantenimiento de calidad y fiel así a la idiosincrasia nacional, como ya dije. Mientras nos preparaban los locos ordenados por Erik. Cruzamos por la pasarela larga a la parte Oeste del pueblo. Cruzamos por frente a la iglesia, con una torre muy singular, que recordaba las pagodas chinas, con varios niveles de teches parciales, ganando altura. Junto a la iglesia, católica, como nos aclaró Alexis, estaba un edificio de tres plantas, que era la escuela donde se educaban 22 niños. La composición demográfica de la población estaba formada por los niños, unas 20 mujeres y el resto eran hombres. Bueno, eso es lo que Maximiliano nos dijo. Sin embargo, otros nos dieron la información de que eran 96 hogares o familias.

Me molestaba en el dedo pulgar derecho una grieta que me impedía hacer ciertas cosas con el dolor que me provocaba, así andaba a la búsqueda

de algún negocio en el que pudiera comprar unos parches curitas, hasta que vi el aviso en una casa de la policlínica. Erik, mientras yo fui a la policlínica que atendía un paramédico, Iván Villaroel y que me hizo una prolija curación con tintura de yodo, sin cobrar nada. Una vez terminada la delicada intervención quirúrgica, me obsequió dos parches adicionales. Ya había bajado los escalones de acceso a la policlínica y decidí volver a molestarlo y que me vendiera el guante de goma usado, para mantener la curación en seco, lo hizo, pero nuevamente no quiso cobrarme. Me contó que la mayoría de los casos que le toca atender son bronquitis y laceraciones, perforaciones y cortes en las manos de los pescadores.

En esta segunda oportunidad me hizo pasar a la estrecha cocina en que me presentó a su polola y a otro amigo que les acompañaba en su comida. El amigo era muy esmerado en el hablar, hacía uso de un amplio y afectado vocabulario que delataba su

mayor cultura y que él quería, evidentemente, hacer resaltar.

Erik, entretanto, entró a la hospedería Pamela, donde lo encontré muy instalado y de gran palique con la dueña, y debe haberle caído muy en gracia a los dueños, que hasta lo invitaron a comer. Ya estaba terminado su trozo de merluza cuando entré a buscarlo y salimos de la casa preguntándole a la dueña si era ella la Sra. Pamela, del nombre de la hospedería, donde había de alojado ese día, un topógrafo, a lo que nos informó que era su hija, que se la veía sola, sentada en una roca de la playa. Al pasar Erik le dijo algo y la niña sonrió y agitó su brazo en alto, a manera de saludo. Ya hacía rato que habíamos dejado a Peter solo en el yate, bueno..., no exactamente solo, pues los botes con visitantes se le sucedían.

Al regresar el "Super Mercado" había llegado otro amigo de los dos que bebían las cervezas

cuando llegamos la primera vez, además de otros que conversaban con el dueño. Los "amigos de las cervezas" nos invitaron nuevamente, pero les agradecemos y no aceptamos. Me pidieron les sacara otra foto con el tercer amigo y al hacerlo, uno que estaba ahí, con gesto muy severo, trató de impedir les tomara la foto, a menos que le explicara para qué la quería. Extrañado de su desconfianza primitiva, lo desarmé con palabras bonachonas y le pregunté el por qué de su objeción, y me declaró pomposamente que él era el secretario de la junta de vecinos y debía velar por ellos. Ante tamaño alarde justificando su autoridad, medio en serio, para no provocarlo, le dije que yo era presidente de mi junta de vecinos, así es que tenía más galones que él, comentario muy celebrado por los concurrentes. Los demás soltaron la risa y el "secretario" se fue a un rincón a lamer las heridas a su orgullo que mi respuesta y las risas de los concurrentes le había provocado. Se me ocurre que





debe ser un tipo así con los vecinos, ya que les gustó tanto la bajada del piso que le hice.

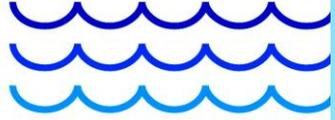
Un comentario que recibió Erik es que en esta localidad habían filmado una película sobre ese marisco chileno tan sabroso, el loco de mar, verdadera delicadeza de la cocina chilena.

Sin más incidentes, Alexis nos llevó nuevamente al yate y luego de un rato regresó trayéndonos los locos ya preparados y que nos comimos con Erik, echándoles mayonesa. Peter, de acuerdo a sus gustos, se privó de comerlos. Ya había hecho el esfuerzo en otra comida anteriormente. Fue una pena, pero los locos, al menos esta primera partida, estaban bastante duros; al mascarlos daba la sensación de estar mascando un trozo del forro de una rueda de auto. Pero estaban sabrosos y - sobre todo - frescos.

En la noche, por encima de árboles espectrales, apareció la luna llena.



## Día 7



Hoy el zarpe fue a las 8:05. Navegamos por el canal Jacaf para ir al canal Puyuhuapi y el seno Ventisquero, al final del cual está el puerto y un poco antes las famosas termas de Puyuhuapi. No había viento. El mar con largos tramos como espejo, obligaba a usar el motor continuamente. Al finalizar la mañana, a la cuadra de la punta Duncan, pudimos pasar a navegar a la vela.

El monótono ronquido del motor, cuando navegamos a la vela, lo sustituye el cómplice murmullo de las olas de la estela. El crick crick del piloto automático nos acompaña como el croar de las ranas al cantar a la luna.

Este canal ensancha hasta unos 2 kilómetros y medio, con profundidades de 100, 200 y 400 m en

partes. Así la navegación resulta fácil. Al Sur este canal baña la isla Magdalena, parque nacional.

En la desembocadura del canal Jacaf hay unos bajos, que afortunadamente los pasaremos con marea alta. Es el paso Sibbald, formado por la punta Apablaza, de unos 1.200 m de ancho.

Llegamos a las termas a las 4 de la tarde, visitamos sus dependencias, fuente de las aguas termales, que se precipitaba al llamado el pozón de los helechos. Dos piscinas de regular tamaño tenían escalas que permitían el acceso al mar, para que la gente que se bañara en ellas pudiera darse el masoquista placer de pasar de agua templada ya la muy fría del mar y regresar a la piscina. A los fineses les gusta esta sensación de la sauna al lago helado. Bien por ellos. Que se diviertan.

Tomamos once y yo pedí un jugo de nalca, esa planta de hojas gigantes que no alcanzo a cruzarlas

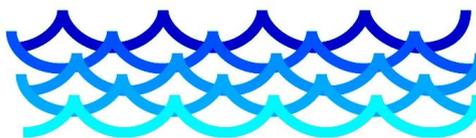


ni con mis brazos extendidos. Un sabor como de tunas, sin serlo. En todo caso agradable al paladar.

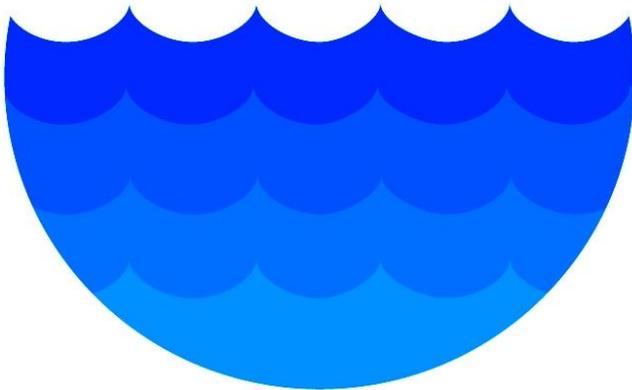
A las 6 continuamos a la marina del puerto Puyuhuapi, algunos kilómetros más adentro en el seno. Se trata de unas instalaciones modernas y muy acogedoras, donde pudimos tomarnos una larga ducha antes de ir a comer al pueblo. La casa que hace de Club House muy bien tenida y muy pulcra en su aseo, pero no tenía servicio de restaurante, así caminamos al pueblo, a la hostería Alemana, pero la señora nos indicó que sólo atendía a los pasajeros que pasaban ahí la noche, así nos recomendó fuéramos al restaurante Rossenbach, bastante cerca y en dirección a la marina, donde habíamos dejado el yate.

La comida fue muy buena y el local muy bien cuidado.

Esta localidad fue fundada por cuatro jóvenes alemanes, que inspirados en las narraciones del



explorador Hans Steffen, se instalaron ahí en 1935, cuando esa parte estaba totalmente deshabitada. Allí cultivaron la tierra y crearon una fábrica de alfombras de excelente calidad, que aún entrega su producto al mercado. Una enorme casona blanca en el lado Sur, a la salida del pueblo, ahora unido al resto de la zona por la carretera Austral, es testigo del espíritu industrial de esos primeros colonos, que se instalaron ahí 50 años antes de haber caminos que llegaran ahí.





Después de alojar y desayunar, nos pusimos a la tarea de dejar todo limpio. Los cuidadores de la marina se encargarían de la limpieza exterior cuando ya estuvieran a cargo del cuidado de La Chispa.

Llevamos el equipaje al restaurante que hacía de paradero del bus que pasaría ese día para ir a Chaitén, a tomar el trasbordador que nos llevara a Puerto Montt y poder tomar el bus dormitorio para llegar a Santiago.

La hora era imprecisa y la llegada del bus aún peor. Debíamos estar ahí a la una, pero el bus llegó después de las dos y salió a las tres para Chaitén.

Fuimos nuevamente al Rossenbach a almorzar y nuevamente la comida fue muy buena.

Después... la larga espera.

El bus llegó: era pequeño, de 17 pasajeros, un Mercedes Benz bastante nuevo, me pareció.

Paró frente al restaurante donde compramos el pasaje pero que no vendía comida.

Una abigarrada carga humana empezó a subir; las maletas amontonadas y apretujadas detrás de la última corrida de asientos, empezaron a llenarse de polvo casi antes de salir, pues las calles del puerto son sin pavimentar. Para qué comentar nada después ya en el camino.

Mi compañera de asiento, además de su impresionante y abundante humanidad, tomó en brazos a una niña y estrujaron aún más el espacio que me quedaba. Afortunadamente no hacía calor, así el tramo que hicimos juntos no agregó esa otra incomodidad. De alguna manera asocié ese bus y ese viaje por áreas tan remotas y despobladas, con el viaje de la película "Romancing the Stone" una

escena ambientada también en un minibús, por caminos rurales y en medio de la selva colombiana.

El camino, la carretera Austral, abrió esa zona para su explotación y para el turismo. Se trata de un camino ripiado, no malo, de 6 m de ancho y bordeado de las gigantescas hojas de nalca y de como de pronto, las flores del natre o de quintral, teñidas en roja sangre salpicaban el verde paisaje.

Entre los escasos boquetes abiertos al camino de esa pared de esta vegetación exuberante, se divisaban, cerca ahora, las cumbres andinas, imponentes, vestidas sus cumbres con sus galas de novia, bordadas con nieve, vestidas para la solemne ceremonia. Altas, silenciosas, expectantes de la llegada del novio que aún no llega. Se asoman por encima de los árboles y de la selva callada. Ríos caudalosos o corrientes de aguas blancas. Quilas, coligües, coigües, alerces y otras especies autóctonas se exponían a nuestra vista sin ningún

pudor. De vez en cuando flores de chilconal, conocidas como fucsias contribuían a hacer más hermoso el paisaje. Una línea eléctrica iba cerca de la orilla del camino, como escondida, avergonzada de romper la armonía de la naturaleza.

Naturaleza ancestral, virgen, solamente el camino y los signos avisando algo que rompía la monotonía del camino ocasionalmente nos traían de vuelta al siglo XXI. Otras veces, en campos preparados para el pastar de animales, donde vacas y ovejas nos miraban tranquilas e indiferentes como pasábamos; troncos yaciendo en el suelo y esparcidos tocones cortados a sierra mostraban el dolor de nuestro siglo.

Habíamos salido a las 3 de la tarde del puerto de Puyuhuapi, a las 6 y veinte minutos estábamos cruzando el rápido río Frío, de saltarinas aguas y blanca espuma, que vienen desgranándose desde la nevada cumbre del volcán Corcovado, no muy



distante a nuestra derecha, aunque no lo podíamos ver. Es la mitad de nuestro camino. Estamos llegando a Fresia.

El bus había parado en El Pangué, que parecía un lugar de recreo, con cabinas hechas de troncos barnizados, y el jardín bastante bien cuidado, a la cabecera del lago Risopatrón. Aquí bajaron unos pocos pasajeros, al igual que en Vista Hermosa, la Junta, etc., hasta que más tarde, en Santa Lucía quedamos como pasajeros solamente una joven pareja de portugueses y nosotros tres.

Esta joven pareja, que visitaban Chile por segunda vez, enamorados de estos paisajes, también estaban enamoradas de su pareja. Él, más bien alto y de pelo negro, trabajaba en una fábrica usando una computadora, y se notaba, por su conversación, que dominaba bastante el tema. Ella también alta, muy delgada, esbelta, era una pediatra de Oporto, en Portugal: Anabela y Helmar.

Tenía ella el hábito de tapar las cosas que llevaba en la mano bajo se chaqueta montañera, con lo que se veía un bulto frente a su barriga que nos hizo suponer estaba embarazada. Nos engañó en nuestra observación por dos días, hasta que abrió su chaqueta y nos confirmó que su embarazo estaba solamente en nuestras mentes, pero que la halagaba y encantaba la idea y la dulzura de la palabra embarazo.

El conductor fue muy amable y paraba en los sitios que tenían una vista más bonita, para que tomáramos fotos. Así pudimos fotografiar la confluencia de los ríos Palena y Frío. Ya atardece, bordeamos el lago Yelcho y súbitamente un glaciar descende de la montaña y apoya su lengua, que se veía verde, en el seno de la quebrada. Es el ventisquero Cavi. El chofer paró para que pudiéramos tomar cuantas fotos quisiéramos. También pudimos fotografiar el lago, gracias a la



amabilidad del chofer, que nos hizo el viaje tan placentero.

Entramos a Chaitén. Es toda una ciudad, comparada a los que habíamos visto en esta parte del viaje. Probablemente de unas 40 manzanas de casas de un piso y con jardines. Una plaza frente a la Gobernación, la alcaldía, la parroquia y una sucursal del Banco del Estado la rodean, entre otras casas. En los 4 costados de la plaza, monumentos a distintos héroes rinden homenaje a los Padres de la Patria.

Quedamos en el Hotel Las Brisas y salimos a buscar donde comer, pues ya era tarde, aunque no de noche. También compramos algunas provisiones por si las necesitáramos para el regreso a Puerto Montt, pero no encontramos pan.

Desgraciadamente, por la época del año, aun la temporada turística no empezaba y de los trasbordadores y catamaranes solamente trabajaba

el trasbordador, que llegaba en las tardes y se iba en la noche. Para peor, el que llegaba el viernes, no se volvía a Puerto Montt hasta el domingo en la noche.

Fuimos a buscar dónde comer, como había empezado a narrar, y después de varios fracasos, encontramos abierta una de las Cocinerías, que al agregar el apellido "Costumbrista" en su letrero, le daban mayor jerarquía. Sus especialidades eran, como las de Angelmó, los mariscos y pescados. No detallaré el pedido para no "reventarles la hiel" a los aficionados.





A la mañana siguiente, desayunados, salimos a ver qué posibilidades de viajar a Puerto Montt habría, incluso por avión, pero no encontramos nada que fuera adecuado. Buscamos a Nicolás. El chofer que nos trajo desde Puyuhuapi nos sugirió tomar contacto con él y que probablemente podría solucionarnos el viaje el mismo sábado. Resultó que Nicolás era un norteamericano que tenía una pequeña agencia de turismo y que daba tours al parque Pumalín, que en vista a no haber otras posibilidades de seguir al Norte, decidimos ir en su excursión a conocer esta zona tan controversial, pues es el santuario de la naturaleza hecho por otro norteamericano, Douglas Tomkins, y que quiere se amplíe ese santuario comprendiendo tierras

fiscales. Su proyecto lo comparte con su esposa Kristin.

Nos preparamos algún cocaví, que resultó absolutamente necesario, pues no había nada para parar a comer o beber en el camino. En la misma expedición había 3 parejas de jóvenes israelitas y nuestros ya conocidos portugueses.

El parque es verdaderamente un santuario de la Naturaleza. Solamente nuestra Carretera Austral, siempre adornada las orillas por la Naturaleza con la inmensas hojas de Nalca, los colihues, las chilcas y las demás plantas y árboles de la región. Entremedio, los coigües, como espectros amenazantes, con brazos en alto para cogernos si nos descuidábamos y sus troncos desnudos y algo de follaje en lo alto. Los troncos son retorcidos, como si se reflejaron en un charco algo después de haber caído una piedra en ellos y en sus ondas alejándose en círculos concéntricos.



Estacionados en un aparcamiento provisto de facilidades sanitarias que no trabajaban, de kioscos con mesas y bancos para comer un picnic bajo techo, salimos a caminar por el llamado Sendero de las Cascadas Escondidas. Trepamos por un estrecho sendero, pasando por puentes soportados por cables, no colgantes, sino apoyados en el par de cables, uno a cada lado, que daban acompasado vaivén cuando uno caminaba por ellos. Una de las damas, creo que Anabela, tuvo miedo de cruzar, pero al fin se atrevió.

Con Eric y Peter llegamos hasta el mirador de la primera cascada, conversamos un rato con Nicolás mientras los otros seguían remontando a la cascada de más arriba, y nos regresamos. Nicolás sacó su pequeña guitarra, un charango, y nos deleitó cantando, acompañado por su instrumento, la tonada chilena Los Lagos de Chile. Resultó muy bonito, porque el sonido del charango es no solamente muy armonioso sino muy dulce. Luego,



cuando regresaron los otros expedicionarios, nos cantó una tonada, compuesta por él, inspirado en la belleza del ese paisaje.

Era una tonada muy bonita, suave y acariciadora y la música del charango era como el agua cayendo.

Nicolás, mientras bajaba el resto de los expedicionarios, nos llevó, avanzando hacia el Norte otros pocos kilómetros, en dirección a Caleta Gonzalo, para que recorriéramos el Sendero de los Alerces, esa conífera en peligro de extinción, que se los hiere mortalmente al sacarles la corteza, como lo hacían antes, para calafatear los botes pescadores. Son viejos gigantes que cuando Alonso de Camargo avistó la zona por primera vez en 1540, ya eran milenarios. Su diámetro en la base, podría ser de más de 2.50 m. Mientras caminábamos por entre tantos venerables ancianos, Nicolás regreso al lugar anterior a recoger al



nuestro compañeros israelitas y portugueses. A lo largo del sendero, letreros tallados en madera iban dando la explicación y la recomendación de no dañar estas especies, pues estaban en extinción.

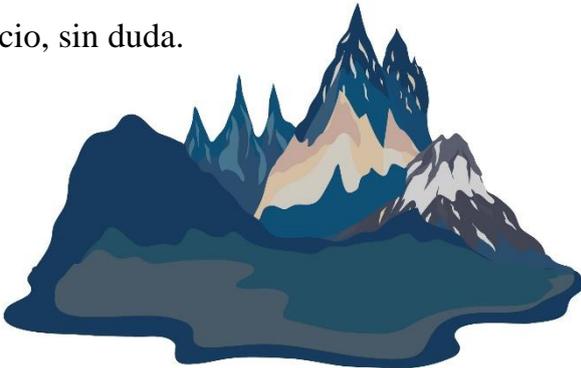
Poco más tarde apareció él con sus pasajeros y nos indicó que podíamos caminar unos 2 Km. al Norte, hasta pasar un puente de concreto, hasta el sendero Tronador, ahora hacia el lado de la costa. Ese sendero era digno de un viaje especial, tanto por las distancias a recorrer, como por existir un lugar donde acampar cerca de la cumbre. También existiría allí un lago. No obstante, nos recomendó llegar hasta el primer salto de agua y el puente de cimbra, igual diseño que el del sendero de las Cascadas Ocultas, y regresar, porque ya la tarde se nos venía encima. Un incendio de quizás qué data, había dejado algunos de los árboles en pie, pero sin follaje, por lo que nuevamente me encontré con estos espectros ya mencionados. Antes había visto otros similares en Puerto Gala, como se recordará.



Luego, ya todos reunidos y finalizada la caminata por los senderos y nos condujo a una playa de arena negra, probablemente de ceniza o lava volcánica, que se la conoce como Santa Bárbara, cerrada por el Norte por el morro Vilcún, parecido al pan de azúcar.

Allí nos cogió la lluvia. Entretanto, nuestros jóvenes compañeros se habían acercado al mar y contemplar las olas desde un roquerío cercano. Una manada de lobos marinos asomó sus cabezas y luego desaparecieron de nuestra vista.

Después de llegados, fuimos a cenar y nuestro lugar elegido, era bastante más caro que el de la noche anterior, pero con un buen vino, un surtido para picotear mientras preparaban la comida y las mesas cubiertas con mantel. La categoría tiene un precio, sin duda.





Día 10



Domingo. A primera hora salí a buscar dónde poder desayunar o comprar pan, pero no abrían hasta bastante más tarde. Me regresé al hotel y después de un rato, fuimos con Peter a buscar el pan y comprar Nescafé. Aún así tuvimos que esperar otro rato, pero pudimos apeararnos para pasar el día. En alguna parte leímos que en el borde del pueblo, contrario a la playa, estaba el parque Palena, construido y organizado por el ejército, como uno de los trabajos de la carretera Austral.

A la entrada de este recinto militar, había un parque de estacionamiento de vehículos usado en la construcción de la dicha carretera; había cargadores frontales, moto niveladoras, camiones, tractores, etc. Lamentablemente el museo estaba cerrado,

así mientras Erik y Peter se quedaron ahí, me aventuré un poco más lejos. Después de caminar un trecho largo, buscando el mencionado en los avisos “salto de agua”, llegué a un puentecito para peatones y ahí parecía que se acababa todo. Un tanto defraudado contemplé el escenario y - de repente - vi una pasarela pegada al cerro, a la derecha de una corriente de agua, bastante bien cuidada, pero que me pareció escondida; así la seguí y seguí por un rato, por una garganta de empinadas rocas y espeso follaje, cuando llegué a un mirador, donde ocultos tras una roca, para capear el frío, nuestros amigos portugueses. La cascada era bastante alta, aunque no se veía la parte superior, pero se adivinaba. Era muy bonito ver el chorro de agua precipitándose por la roca desnuda y le pedí al amigo portugués me sacara una foto, para que me la mandara después por email. Intercambiamos direcciones y quedamos de acuerdo. En ese momento aparecieron Peter y Eric



y también disfrutaron de este espectáculo. Aparentemente se aburrieron de esperarme y salieron a buscarme o pensaron que debería yo haber encontrado algo interesante de ver y por eso me demoraba en regresar. No había necesidad de aclarar los motivos, por otro lado.

Ya con los pasajes del trasbordador asegurados, que la dueña del hotel nos había hecho la reserva la tarde anterior, fuimos a comer al que resultó el mejor restaurante de todos los que habíamos ido. Era una pareja de mediana edad en que ella al menos, era holandesa y aficionada a la pintura, con varios de sus trabajos colgados de las paredes del comedor. Eran bastante bien logrados, un tanto naïve, pero bien logrados. A la entrada había uno de una señora vestida de uniforme militar decimonónico, que al preguntarle quién era la retratada, me dijo que nadie en particular. Le sugerí la Sargento Candelaria, pero no se interesó más en el tema.





Como restaurante, excelente: local, presentación, limpieza, pulcritud, atención (claro que éramos los únicos clientes a esa hora) y comida, todo de primera. Estaba en la parte alta de uno de los dos caminos de acceso norte, invisible desde el pueblo. Era un lugar, como hotel, donde arrendaban cabañas y este restaurante era el centro de ellas, o su oficina. Quizás no tenía nada que ver con las cabinas, pero, no tiene importancia: quedamos muy satisfechos con nuestra comida y la atención recibida.

La dueña merece párrafo aparte. Una gran conversadora. No paraba de contarnos cosas de su familia y de ella sino cuando el marido la llamaba para algo. Ahí estuvo casi todo el rato, parada junto a la mesa, conversa que te conversa, por más de una hora. Entretenida, y más considerando que nosotros ya llevábamos 10 días juntos, por lo que

nuestros temas de conversación estaba algo agotados, ella nos vino a entretener, además que era realmente entretenida su conversa. Yo no recuerdo nada, o casi nada de lo que nos contó y no creo que mis compañeros de viaje se acuerden, pero, para entretenernos, estuvo perfecta. El que atendía las mesas era un tipo extraño: alto, delgado, como personaje de un serie de la TV o de una película de misterio, dijera algo taciturno, casi no lo escuchamos hablar: claro, con esta amable señora que conversaba hasta por los codos, el pobre no tuvo sino muy contadas ocasiones de dirigirse a nosotros.

Terminada le cena y mientras bajábamos a nuestro hotel a buscar el equipaje y prepararnos para ir a tomar el trasbordador, nos fuimos comentando lo entretenido que ella nos hizo el rato. Realmente para agradecerle su don de hablar.





Todavía no termina el día. Ya es de noche y estamos esperando para embarcar. Los pasajeros a pie pasamos primero y luego los vehículos, camiones con animales, en su mayor parte. La parte de pasajeros eran dos compartimentos en los que habían apretujado 30 asientos reclinables, de esos de buses que han dado de baja, algunos que la parte del asiento no se quedaba horizontal. Ahí encontramos nuevamente a nuestros amigos portugueses. Claro que sabíamos que irían en ese mismo trasbordador, pues él había ido caminando con su joven compañera y sus mochilas y bultos, al embarcadero y había regresado a ayudarnos a nosotros con los nuestros, pero ya teníamos contratado o pedido un vehículo para esos fines.

El trasbordador tenía de todo, menos confort para los pasajeros. Hacia la proa, la plataforma de

los vehículos, y hacia la popa, en el tercer puente, los compartimentos de pasajeros. Tuvimos suerte de encontrar asiento: aparentemente había más gente que lugares donde aposentarse.

Nuestra parejita amiga se ubicaron juntos y yo quedé separado de mis amigos. De calefacción contábamos con treinta seres humanos sentados en el recinto y otros 30 en el recinto contiguo. No teníamos información que había un local en el interior donde se podía comprar algo de beber o comer, por lo que habíamos llevado nuestro picnic con nosotros. El resto del equipaje lo metieron en una bodeguita cerca de la proa de la embarcación y ahí quedó hasta que llegamos a Puerto Montt. Una pantalla de TV, con innumerables rayas horizontales, colocada en una esquina del recinto de pasajeros, se suponía que era para entretenernos, pero las rayas eran tantas, que solamente de cuando en cuando aparecía la imagen. Más era lo que





molestaba su luz a quienes pretendíamos conciliar el sueño, que lo que nos entretenía.

Mi vecina de asiento, una joven en avanzado estado de gravidez, fue la víctima de mis ronquidos. Me despertó en lo mejor de mi sueño y después de un rato decidió irse a otro sitio. Sinceramente la compadezco, pero no es algo bajo mi control. Bueno, hay mucha gente que no entiende lo armonioso de mis ronquidos.

A media navegación, bastante incómodos, pero sentados, el trasbordador recaló en otro puerto, probablemente Buill, Ayacara o Poyo, no lo supimos, y otro grupo de pasajeros subió a la embarcación sin tener dónde colocarse. Buscaron afanosamente un asiento, pero ya los que veníamos de Chaitén los teníamos todos ocupados y creo que faltaban asientos. No me interesé en averiguarlo ni tenía para qué: yo ya tenía mi sitio y feliz de ello, no lo quería abandonar por nada. Muchos se

acostaron en el suelo, haciendo casi imposible el salir de los asientos que estábamos para poder moverse por los "pasillos" a estirar las piernas o ir al baño. Me vinieron a la mente recuerdos de noticias de las Filipinas u otros del Sur de Asia, que los ferries, sobrecargados, habían naufragado y solamente unos pocos se salvaron. En nuestro caso, no creo que nadie se salvara, puesto que la movilidad era cero para abandonar el compartimiento de pasajeros y el agua del mar tan fría, que los que se salvaran de hundirse con el barco, se morirían de hipotermia. Y todo esto de noche. En algún momento pensé que debería denunciar esta situación a alguna autoridad, pero ¿a quién? Y ni siquiera tomarían medidas de seguridad para prevenir una catástrofe como la que yo veía.





Día 11



El "boliche" o "sucucho" que vendía comestibles tenía una ventana para la atención del público, de unos 2 metros de largo, abierta a 1.50 m sobre el suelo y el local debe haber sido de unos 4 x 2.50 m, donde se comprimían algunos queques de triste apariencia, unos chocolates aparentemente de venerable edad y otros productos, golosinas mayormente, además de bebidas. Había cerrado cerca de la medianoche y abrió a las 8 u ocho y media de la mañana ¿Qué más da? Los horarios son vagas referencias que no necesariamente anticipan lo que ocurrirá: si hay suerte, estarán cerca de la hora anunciada, pero siempre hacia el lado de más tarde que ella.

En fin, llegamos a Puerto Montt, nos despedimos de nuestros amigos portugueses después de tomarnos sendas fotos (que más tarde recibiría por email, como prometido). Tomamos algo de comer y a hacer diligencias para el regreso: a Peter no le hacía nada de gracia tener que esperar hasta la noche para tomar el bus a Santiago, así, habiéndose comunicado con Mitsi por teléfono, pudo conseguir pasajes para uno de los últimos vuelos a Santiago esa tarde. Así partimos, después de hacer el recorrido de esta excursión en auto, metro, bus, taxi, yate, minibús o van, camioneta para llevar las maletas, trasbordador, y finalmente en avión. Con otro poco de suerte, hasta habríamos volado en un helicóptero. A lo mejor si el tour hubiera sido más largo, pero aquí terminó y con ello este relato. Buenas noches, o lo que sea.



**GLOSARIO DE ALGUNOS NOMBRES  
GEOGRÁFICOS DE ORIGEN NATIVO  
CITADOS EN EL TEXTO.**

Los principales grupos de nativos de la zona visitada eran los Huiliches, gente del Sur, habitaban a Sur de los araucanos, principalmente en la Isla de Chiloé. Un poco más al Sur, después de la boca del Guafo, estaban los Chonos.

Chaitén: Canasto de agua. Puerto en la costa occidental de Chiloé continental.

Chiloé: Isla de las gaviotas.

Chonchi: Tierra resbaladiza. Puerto pesquero al oriente, aproximadamente al centro de la isla grande de Chiloé. Su iglesia, dedicada a San Carlos Borromeo, enteramente de madera, incluso no tiene clavos, fue iniciada por los jesuitas en 1754, interrumpida cuando el rey de España expulsó a los jesuitas de sus dominios y reiniciada

en 1859. Consta de un atrio de cinco arcos e interior de tres naves. Fue declarada Patrimonio de la humanidad.

Mechuque: Se sacude. Isla del grupo Chauques.

Puyuhuapi: Isla o lugar de Puyes, un pez de pequeño tamaño en la región. Puerto y termas en la costa occidental de Chiloé continental, Patagonia Chilena diccionario Araucano.

Quellón: Puerta de auxilio. Puerto al extremo sur de la isla grande de Chiloé.

**JORGE ALVAREZ**

CHILE - 2019



**COINCIDIR EDICIONES**

**COLECCIÓN:**

CUADERNOS DE LA INTERNACIONAL DE LA ESPERANZA

**TOMO I**

MIRADAS A LA INTERNACIONAL DE LA ESPERANZA.

*Luis Weinstein*

**TOMO II**

EL CORAJE Y EL SILENCIO

*Matías Cepeda y Alberto Valente*

**TOMO III**

SOY NATURALEZA

*Julio Monsalvo*

**TOMO IV**

EL SUJETO NIÑEZ, ESPERANZADO, ALEGRE Y  
AMISTOSO

*David Órdenes*

**TOMO V**

¿QUÉ SOMOS?

*Jorge Pronsato*

**TOMO VI**

DE TERNURA

*Teresa Fertl*

**TOMO VII**

UNA APROXIMACIÓN POÉTICA-MÍSTICA-CIENTÍFICA  
A “LA MENTE UNIVERSAL”

*Camila Troncoso*

**TOMO VIII**

INTERSOMOS

*Sandra Isabel Payán*

**TOMO IX**

LA MAGIA Y LA ESPERANZA

*Matías Andrés Cepeda, Alberto Pascual Valente,*

*Sandra Isabel Payán*

**TOMO X**

EL TAO DE LA ESPERANZA

*Luis Weinstein*

**TOMO XI**

EL ASOMBRO Y LA ESPERANZA

*Luis Weinstein*

**TOMO XII**

AMISTOSOFÍA Y LA ESPERANZA

*Luis Weinstein***TOMO XIII**

ALEGREMIA Y ESPERANZA

*Julio Monsalvo***TOMO XIV**

CAMINO HACIA LA INTEGRACIÓN

*Martha Pérez Viñas***TOMO XV**

EL CORAJE DE SER, UN ROSTRO DE LA ESPERANZA.

*Luis Weinstein***TOMO XVI**

CANCIONERO DE LA ESPERANZA

*David Órdenes.***TOMO XVII**

IMAGINERÍA

*Luis Weinstein***TOMO XVIII**

LA ESPERANZA Y EL ENVEJECER EN AÑOS

*Eugenio Gutiérrez y Patricio Ríos Segovia*

**TOMO XIX**

LA DIMENSIÓN POÉTICA DE LA VIDA

*Luis Weinstein***TOMO XX**

ESPERANZAR COMUNICÁNDONOS

*Julio Monsalvo***TOMO XXI**

SALUD SOLIDARIA

*Julio Monsalvo***TOMO XXII**

OPCIÓN POR LA VIDA I

*Carolina Cazaux***TOMO XXIII**

OPCIÓN POR LA VIDA II

*Julio Monsalvo***TOMO XXIV**

PROGRAMA SALUD COMUNITARIA

*Equipo de salud comunitaria Formosa***TOMO XXV**

EN QUÉ CREO

*Luis Weinstein*

**TOMO XXVI**  
VIVENCIAS CON PUEBLOS ORIGINARIOS

*Julio Monsalvo*

**TOMO XXVII**  
ENCUENTRO DE LA INTERNACIONAL DE LA  
ESPERANZA EN BARCELONA

*Leonardo Cayuela, Sandra Enrique, Alberto Valente, Mareclo  
Valente, Claudia Vázquez, Georgina Mercader*

**TOMO XXVIII**  
PARADIGMAS CULTURALES

*Julio Monsalvo*

**TOMO XXIX**  
ESPERANZADORAS EXPERIENCIAS EN EL MUNDO  
CAMPESINO

*Julio Monsalvo*

**TOMO XXX**  
CRÓNICAS DE UN VIAJE A PUYUHUAPI

*Jorge Álvarez*

ENERO

2019

